

«La metralla y los pequeños restos de los trenes que quedan por mi cuerpo se mueven», cuenta Dori



Óscar admite que todavía ve «los detalles de aquel día». J. RAMÓN LADRA

«Recuerdo un silencio de muerte. No he vuelto a coger ese tren»

Óscar Encinas
Revivir el drama

Vivía en Vicálvaro, en casa de mis padres. Llegué a la estación temprano y Susana, la chica que repartía los periódicos gratuitos, me dijo que no habían llegado todavía, que esperara un poco. Me llevaba bien con ella. Le dije que no esperaba, que daba igual. Vi que venía un tren y salí corriendo para cogerlo. Y me subí.

Iban varias compañeras de trabajo en el vagón. Óscar Encinas se sentó con ellas y por la ventanilla se fueron sucediendo las estaciones. Vicálvaro. Santa Eugenia. El Pozo. «Cuando explotó, una de ellas iba dormida y yo leyendo. Salí gateando del vagón porque la ventanilla quedaba a ras de la acera. El libro se desintegró, salí sin zapatos. Había mucha gente inconsciente. Recuerdo un silencio de muerte. No como el que puede haber en una casa. Es diferente ese silencio. Yo siempre digo que se notaba al señor de la guardaña».

Después del atentado todo fue rápido. Intentó que una mujer herida

no se quedara dormida. «Recuerdo que le pedía que me hablara de la serie 'La que se avecina' para que no se durmiera». En algún momento, uno de los sanitarios anunció que ya llegaba una ambulancia y añadió que habían tardado porque «había habido otra cosa en Atocha». Ahí es cuando Óscar Encinas se dio cuenta de lo que pasaba. «Esto no es la catenaria. Es un atentado», entendió.

Dejó a una señora su teléfono para que llamara a su marido. Él llamó a su hermano. «No sé qué ha pasado, me llevan al hospital 12 de octubre. Llevo la cabeza abierta», le dijo. Al otro lado, su hermano sólo pronunció tres palabras y salió para allí. «Hijos de puta». Cuando estaban llegando al centro médico, donde «se portaron muy bien», avisó a su jefe de que «llegaría tarde a trabajar». Más de lo que pensaba. «Llegué al hospital vomitando sangre».

Pasó 24 horas en la UCI y todavía se le saltan las lágrimas al recordar a los sanitarios que le cuidaron. «Estoy muy agradecido», acierta a decir rompiéndose. Tras unos 9 meses de recuperación física, empezó a trabajar las secuelas psicológicas. «Yo ese tren todavía no lo he vuelto a coger», reconoce. «Bastante bien he quedado. Hay quien perdió la vida, la vista...», valora. «Se nos olvida lo bueno que nos pasa pero lo malo, no se nos olvida nunca. Tenemos que ser mejores. Todavía estoy viendo cada detalle de aquel día».

Emilia sufre un 45% de minusvalía, pero no considera graves sus limitaciones. «Te vas adaptando. Tengo mi vida hecha»

«Salí gateando del vagón porque la ventanilla quedaba a ras de la acera. Salí sin zapatos», recuerda Óscar

Laura afirma que su matrimonio no hubiera saltado por los aires de no haberlo hecho aquellos trenes

«Ahora valoro hasta la servilleta que compro en el super

Laura Alemany
Empezar de cero en Barcelona

A Laura Alemany el brutal plan pergeñado por Amer Azizi no le causó heridas físicas, pero la hundió psicológicamente. Dice que su vida cambió radicalmente a raíz de lo ocurrido aquel 11 de marzo en Madrid y está convencida de que su matrimonio no hubiera saltado por los aires de no haberlo hecho aquellos trenes. Pero ella, acostumbrada «a luchar en el día a día» desde pequeña tras sufrir la separación de sus padres, sigue adelante como puede, con una sensación agredida. Ahora, subraya, «valoró hasta la servilleta que compro en el super».

Aquel día, como tantos otros, Laura y Juanjo, su entonces marido, acudieron pronto a la estación del Pozo para ir a trabajar juntos a la calle Segre. «Sólo montarnos en el primer o segundo vagón. Yo, por norma, siempre me relajo, voy dormida. Pero no sé por qué aquel día no me dormí», explica. Lo primero que recuerda fue un estruendo, «muy fuerte», y luego la visión des-

de la ventanilla «de algo que salía volando». «'Esto son bombas', dije. 'Vámonos, vámonos!'».

Cuenta que «un silencio enorme, una sensación muy rara», reinaba en el ambiente cuando abandonaron el vagón. «Mi marido y otro chico levantaron de un porrazo la alambrada y empezamos a salir por allí. Veíamos la estación negra y mucho humo. Luego llegaron los gritos y vimos trozos de algo que entonces no sabíamos qué era. Cuando lo relacionamos nos entró la histeria. Anduvimos desde El Pozo hasta Atocha. Éramos como zombies andando por la ciudad».

En aquel momento, Juanjo fue «más valiente» que ella. «Tiró más de mí», admite. Pero poco después todo lo ocurrido le pasó factura y se convirtió «en otra persona. Se volvió muy inseguro, muy inestable. No quería quedarse sólo en casa. Dejé de ser su pareja para convertirme en su madre», explica Laura.

La mujer sostiene que la Comunidad de Madrid «no estaba preparada» para atender casos como los que propició el 11-M «y eso nos perjudicó». «A mi marido, que aquel día había visto mucho, los psicólogos le recomendaron huir a la playa. Y así la vida tranquila que estábamos construyendo se nos vino abajo». Cambio de ciudad, de casa, de trabajo... Nada volvió a ser como antes. Alguna vez, Laura coge el tren para moverse por Barcelona. Sabe que en Madrid nunca volverá a hacerlo.



Laura recuerda «el silencio, la sensación rara» que reinaba cuando abandonó el vagón. EVA PAREY